

mo último dardo, su espíritu burlón. El padre Gaduel (que así se llamaba el canónigo) no tenía más recurso que quejarse á la autoridad episcopal y así lo hizo. Era entonces arzobispo de París monseñor Sibour. No podía decirse de él que fuese autoritario ó liberal, pues había sido lo uno y lo otro y casi siempre con exceso. Era un prelado virtuoso, benévolo, de ideas elevadas, celoso de la instrucción y de la dignidad moral de sus curas, pero algo vanidoso, con frecuencia irreflexivo, de imaginación voluble y lleno de sucesivos proyectos. Como los católicos liberales tenían poca influencia, evitaba toda solidaridad con ellos; pero como alardeaba de tolerante, no aprobaba al *Universo*. Uno de sus proyectos favoritos era substituir este periódico con un órgano católico á su gusto, serio, bien redactado, interesante siempre, abundante en noticias, nunca maldiciente, y le sorprendía que su proyecto tropezase con algunos obstáculos. En tales disposiciones, acogió muy favorablemente la instancia del padre Gaduel. Haciendo de pronto un extremado uso de sus derechos, prohibió por medio de un mandamiento á sus curas la lectura del *Universo*. Por su parte, Veuillot había salido ya para Roma á fin de apelar contra la sentencia del prelado. Gran rumor en el partido católico: ¿A quién concedería el Padre Santo la victoria? ¿A Veuillot y al *Universo*, ó al arzobispo y, de rechazo, á Montalembert y á sus amigos? Roma no acostumbra dar esas rápidas soluciones: raramente dice no y más raramente todavía dice sí, sino que prodiga á todo el mundo buenas palabras y deja que el tiempo aplaque las iras. Parece, sin embargo, que el Padre Santo mostró alguna preferencia en favor del periodista. Le recibió con una bondad paternal y le dijo, aludiendo á su primer viaje á Roma que determinó su conversión: «Vinisteis aquí antes para el bautismo. Hoy venís para la confirmación... Vuestra obra es buena, excelente; pero evitad las querellas, respetad á los obispos, que son muy buenos en Francia.—Sí, Padre Santo, los que os aman (1).» Del hecho aislado de esta audiencia no había que sacar demasiadas consecuencias, y aquel mismo día, con mucha finura, monseñor de Merode previno á Veuillot contra las esperanzas excesivas. «Pío IX, le dijo maliciosamente, es muy bueno, no le gusta afligir á nadie: así es que á sus críticas hay que añadir el doble, y de sus elogios hay que quitar la mitad (2).» Al favor de aquella benévola audiencia se añadió pronto otro testimonio. Veuillot había escrito á monseñor Fioramonti, secretario de letras latinas, exponiéndole su conducta y sometiéndole su resolución de continuar su obra ó interrumpirla según los deseos del Padre Santo. El papa quiso ver la contestación del prelado y la encomendó «por temor de afligir á Veuillot (3).» El redactor en jefe del *Universo* no podía desear una contestación más satisfactoria: era un estímulo temperado con algunos consejos de mansedumbre. Mientras tanto, los prelados, en Francia, batallaban á porfía: el uno ponía al *Universo* en entredicho; el otro, por el contrario, aconsejaba su lectura: entre los obispos como en la sociedad católica se deslindaban dos campos. En el momento en que más viva parecía, la querella se calmó. Apoyado en la semi-aprobación obtenida y satisfecho de su éxito,

(1) Luis Veuillot, *Correspondance*, tomo II, pág. 19.
 (2) Luis Veuillot, *Correspondance*, tomo II, pág. 24.
 (3) El padre Ladone, *Vie de Mgr. de Salinis*, pág. 302.

Veuillot escribió en 22 de marzo de 1853 al arzobispo de París que retiraría su apelación si él quería retirar su mandamiento. El día 8 de abril, monseñor Sibour revocó la prohibición. «Monseñor dió demasiado fuerte y ha retrocedido demasiado pronto,» dijeron los amigos del prelado (4). En esto el papa, por medio de una Encíclica, aconsejó la concordia á todos los católicos de Francia. En este grave documento, todo estaba cuidadosamente medido á fin de que ningún partido tuviese derecho á triunfar. Se exhortaba al episcopado que fuese benévolo con la prensa religiosa y se prescribía «á los hijos de Dios que fuesen pacíficos, tiernos de corazón, sencillos en sus palabras, afectuosos, fielmente unidos entre sí por los lazos de la caridad.»

Por una y otra parte, la reconciliación pareció sincera. Cuando Veuillot regresó á París, monseñor Sibour lo recibió, le estrechó las manos y hasta lo besó. Veuillot parecía transformado. «Estoy resuelto, escribió á monseñor de Bonnechose, estoy resuelto á evitar en lo posible toda polémica interior (5).» Tan firme propósito duró poco. Las «polémicas interiores» eran para el *Universo* no solamente una costumbre inveterada, sino una necesidad. ¿Cómo llenar el periódico sin debates parlamentarios, sin correspondencias extranjeras, sin el recurso de los folletines ó las revistas teatrales, reprobados por los escrúpulos de los lectores? Ciertamente es que quedaba el ataque ó la defensa contra la prensa anti-religiosa. «Cuando he pasado ocho días sin decir que el *Siclé* es tonto, escribía familiarmente Luis Veuillot, se me figura que me falta algo (6).» Pero, por grande que fuese el gusto por esa parte, le quedaba una gran provisión de malicia, y, como no le gustaba hacer economías, utilizaba el resto de su ardor de imaginación contra sus antiguos amigos; y éstos, so pretexto de defenderse, eran á veces provocadores: excluidos de la vida pública, la inacción les pesaba; soportaban mal su influencia restringida; de ahí un humor á veces sombrío y una manera algo áspera de predicar la tolerancia. Así es que la querella continuó, agravándose cada vez más.

Los adversarios no desperdiciaban ocasión para asestarse mutuos golpes. Con motivo de la elección de monseñor Dupanloup para individuo de Academia Francesa, *El Universo* alabó, pero con una fuerte dosis de ironía, la nueva alianza entre el episcopado y el Instituto. En aquella época, los católicos liberales trataron de refundir en provecho suyo el *Correspondant*, antigua y respetable revista, que vegetaba hacía muchos años. Luis Veuillot, que pretendía que *El Universo* fuese no sólo el principal órgano religioso, sino una *institución católica*, dió la bienvenida á su colega en estos términos: «El *Correspondant* cuenta veintisiete años de existencia: desde que lo conocemos, está ocupado en renacer. Lleva ya publicados treinta y seis volúmenes y aún quiere debutar.» La revista, rejuvenecida, debutó brillantemente, y justo es decir que hizo contra *El Universo* sus primeras armas. En términos de una cortés y cruel precisión, Alberto de Broglie denunció la nueva polémica religiosa. El Sr. de Falloux, por su parte, trazó la *Historia del partido católico*, y no distó mucho de igua-

(4) Monseñor Foulon, *Vie de Mgr. Darbois*, pág. 149.
 (5) Carta de 21 de marzo de 1853 (*Vie de Mgr. de Bonnechose*, por Mgr. Besson, tomo I, pág. 334).
 (6) *Correspondance*, tomo VI, pág. 196.

lar á sus adversarios en violencia. El abismo seguía ahondándose.

Ni durante las vacaciones se apaciguaban los ánimos. Los católicos liberales se reunían, ora en Bourg d'Iré, en casa de Falloux, ora en Roche-en-Breny, en casa de Montalembert. De aquellos conciliábulos salían planes de defensa y cambios de ideas que se fijaban por escrito. Mientras tanto, Luis Veuillot recorría las playas de Bretaña ó los campos del Poitou. Visitaba menos castillos que aristocráticos amigos, y sobre todo muchas rectorías, donde le recibían «como si fuera un obispo,» según su propia expresión (1). Y la expresión no era exagerada. Ella hacía poca gracia á los prelados en general, pero los curas escuchaban embelesados á aquel huésped ocurrencioso y locuaz, que tan pronto les divertía con sus chistes como les edificaba con su piedad. El mal estaba en que, de una y otra parte, las palabras eran repetidas, desnaturalizadas y abultadas, y proporcionaban nuevo alimento á la mutua malevolencia. Algunos de los que no tomaban parte en las luchas, procuraban calmar las iras. Tal era el padre Ravignán, entonces casi al término de su carrera. Daba á Veuillot sabios consejos que éste escuchaba con respeto, que prometía seguir y que seguía, en efecto, hasta que se dejaba llevar de su pluma. Dirigiéndose luego á Falloux, contrariado por unos ataques en que veía mucha ingratitud, lo consolaba rindiéndole un testimonio singularmente precioso en labios tan santos. «Sí, le decía, vos sois, después de Dios, el que ha dado á la Iglesia una de sus más caras libertades, y eso no debería olvidarse jamás (2).»

En 1856, los católicos liberales, cada vez más descontentos y asustados, trataron de exponer al Soberano Pontífice sus quejas contra *El Universo*. El Sr. Sauzet, elegido por ellos como intérprete, fué á Roma y comunicó al Padre Santo los temores de sus amigos de ver transformados los indecisos en adversarios y los adversarios en enemigos, por la intolerancia del *Universo*. «*El Universo* no es mi órgano oficial,» repitió Pío IX varias veces; pero se negó á formular ninguna desaprobación pública (3).

Más sostenido que desautorizado en Roma, *El Universo* crecía de día en día en autoridad entre el clero. Entonces fué cuando á un cura de la diócesis de París, al padre Cognat, se le ocurrió sacar del cuerpo mismo del periódico la prueba material de sus exageraciones y de sus temeridades. Con el título de «*El Universo* juzgado por sí mismo,» reunió todos los artículos, todos los fragmentos, todas las frases que revelaban la intolerancia en las doctrinas ó la violencia con las personas. Es dudoso que todos los católicos liberales conocieran y aprobaran ese proyecto. Montalembert se contentó con prestar la colección del periódico. El manuscrito fué puesto en limpio en el seminario de Orleans (4). De monseñor Sibour se dijo que había sido el verdadero inspirador del trabajo. El libro se publicó en el mes de julio de 1856, sin nombre de autor. Este no fué co-

(1) Carta de 31 de julio de 1858 (*Correspondance*, tomo VI, página 280).

(2) Carta al Sr. de Falloux, 10 de julio de 1856 (M. de Falloux, *Mémoires*, tomo II, pág. 281).

(3) Carta de M. Sauzet al Sr. de Falloux (M. de Falloux, *Mémoires*, tomo II, págs. 336-340).

(4) Véase Mgr. Foulon, *Vie de Mgr. Darbois*, pág. 189.—Véase también *El Universo*, 15 de febrero de 1889.

nocido hasta más tarde. En el mundo episcopal y religioso la animación fué grande. Unos prelados aprobaron y otros condenaron la obra. *El Universo*, considerándose difamado, llevó al difamador ante el tribunal del Sena. El 24 y el 31 de diciembre, el Sr. Josseau defendió al periódico, señalando vivamente ciertas inexactitudes en las citas. Dufaure tenía que contestar y no lo hizo. De pronto la atención de los católicos fué absorbida por el acontecimiento que vamos á referir.

En la tarde del 3 de enero de 1857, monseñor Sibour fué á San Esteban del Monte, donde se celebraba la



Monseñor Sibour, arzobispo de París

acostumbrada novena en honor de Santa Genoveva. Después de haber hecho sus devociones, dió la vuelta á la iglesia, bendiciendo á los fieles que se arrodillaban á su paso. Acababa de volver á la nave y pasaba la barrera, cerca de la puerta de entrada, cuando, de entre la concurrencia, un hombre se precipitó sobre él y le dió una puñalada. El arzobispo dió aún dos pasos y se desplomó murmurando: «¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Ese desdichado!...» En seguida perdió el conocimiento. La herida era mortal, fulminante. Transportado á la sacristía, el prelado exhaló á los pocos momentos el último suspiro.

El asesino no había hecho esfuerzo alguno para huir. Por el contrario, levantando su arma ensangrentada, había exclamado en alta voz: «¡Abajo las diosas!» La singularidad de este grito que nadie se explicaba hizo creer que se trataba de un acto de locura. Las primeras diligencias, practicadas en la alcaldía del duodécimo distrito, revelaron el nombre del asesino. Era un cura en entredicho, de treinta años de edad, llamado Verger. Era ambicioso, orgulloso, de espíritu inquieto, aunque de costumbres puras. «Zarandeado de un punto á

otro,» como él mismo decía, refugióse en París, que es donde suelen refugiarse los curas arrojados de sus diócesis por indisciplina, por libertinaje ó por temeridad de doctrina. El dogma de la *Inmaculada Concepción* le había excitado en grado sumo: esto explicaba el grito proferido después del asesinato. Había atacado públicamente la reciente decisión de la Iglesia, tan públicamente que había sido necesario prohibirle las funciones del sacerdocio. Ese rigor había acabado de exasperarlo. En el loco orgullo de su espíritu mal equilibrado, había supuesto en el arzobispo un odio personal contra él: de ahí sus iras y el atentado que cometió.

La magnitud del crimen, la claridad de las confesiones, la actitud del culpable que no manifestaba remordimientos, ni pesar, ni emoción, todo simplificaba la misión de los jueces. Sin embargo, quedaba un punto sin aclarar: Verger ¿no era más bien un maniático que un criminal? Se recordaban las singulares expresiones del acusado y las numerosas incoherencias de su vida; se añadía que su madre y uno de sus hermanos se habían suicidado; se citaba una carta reciente del obispo de Meaux, que le escribía en estos términos: «Creemos que necesitáis ser cuidado en una casa de salud (1).» A pesar de estos indicios, la medicina legal no vaciló en afirmar la responsabilidad del culpable. En la noche del 29 de enero, veintiséis días después de la comisión del crimen, Verger fué guillotinado en la plaza de la Roqueta.

Este trágico acontecimiento suspendió por algún tiempo las discusiones de los católicos. Cuando quisieron reanudar sus querellas, se avergonzaron algo de continuarlas sobre la tumba recién cerrada del primer pastor de su Iglesia. Interpusieron prudentes consejos. Se vino á una transacción entre el padre Cognat y *El Universo*. Este retiró su demanda y aquél se comprometió á no reimprimir su libro. Poco tiempo después se reanudaron las luchas, que se prolongaron durante los años de 1857 y 1858, aunque sin estrépito. Por fin, en 1859, se abre un nuevo período: en este período, que describiremos más adelante, los católicos olvidarán, momentáneamente al menos, sus disputas interiores para defender de común acuerdo las prerrogativas amenazadas del Pontificado romano.

VI

Aunque excesivamente ruidosas, esas querellas no absorbían enteramente á la sociedad cristiana. Su actividad encontraba otros alimentos y se desplegaba por mejores vías. El movimiento de resistencia religiosa, inaugurado después de 1830, continuaba.

A principios del Imperio el clero acabó de instalar los establecimientos de segunda enseñanza creados en virtud de la ley de 1850. Estas casas de educación fueron numerosas, tan numerosas que en ciertos departamentos, como el del Norte, se perjudicaron unas á otras por su multiplicidad. El más ilustre de los oradores sagrados, el padre Lacordaire, no se desdendió de dirigir en persona una de las nuevas escuelas. Retirado al si-

(1) Audiencia del Sena: defensa (*Gazette des Tribunaux*, 18 de enero de 1857). Añádase un hecho que la defensa no reveló. Poco tiempo antes, un informe del tribunal de Melún había propuesto la internación de Verger en un manicomio.

lencio, aunque no al reposo, restauró en el departamento del Tarn el antiguo colegio de Sorèze, lo confió al cuerpo docente que él había fundado y se consagró á fomentarle y embellecerlo. Esta obra había de ser para él la ocupación humilde y bendita de sus últimos años. En aquella hermosa soledad en que el silencio invitaba al trabajo, él hubiera querido organizar todo un conjunto de instituciones literarias y científicas, inaugurar, según su propia expresión, un *Puerto-Real católico* (2), y su alma, apaciguada en los comienzos de la ancianidad, se replegaba gozosa en sus pensamientos.

La ley de 1850, al suprimir el monopolio de la segunda enseñanza, había mantenido las leyes existentes en materia de enseñanza superior. Entonces hubo en la Iglesia cierta tendencia á romper, por esta parte también, las antiguas trabas. Habíase creado ya una escuela de estudios superiores con el nombre de *Escuela de los Carmelitas*. El arzobispo de París, monseñor Sibour, tenía mucho empeño en que su clero, si se completaba algún día la ley de 1850, adquiriese el mayor grado de ilustración posible, y estimulaba ya á los alumnos de sus seminarios para que tomasen los títulos universitarios.

En la antigua Francia existía una corporación que había dejado hermosos y grandes recuerdos de prudencia, sabiduría y tolerancia; esta era la Congregación del Oratorio destinada á la predicación y á la enseñanza superior sobre todo. En 1852, el padre Gratty, el padre Petetot y el padre Valroger la restauraron; á su llamamiento acudieron algunos jóvenes discípulos que ya se revelaban llenos de virtudes y promesas: tal era el abate Adolfo Perraud, hoy tan justamente ilustre; tal era también el abate Perreyve, de quien monseñor Sibour decía: «Será un día el honor de mi diócesis,» y lo fué, en efecto, y lo hubiera sido aún más si Dios no hubiese abreviado los días de su vida.

Esperando poder tener sus cátedras propias, el clero ocupaba con lucimiento algunas de las oficiales. En la Sorbona, varios de los cursos de la facultad de teología atraían, á pesar de la aridez de las materias, una afluencia inusitada; allí explicaban los abates Maret y Beautin; allí enseñó también el padre Freppel, y, algo más tarde, el padre Gratty, á menudo quimérico y extraño, pero de espíritu eminente, pensador original que en momentos de inspiración se remontaba á veces hasta lo sublime.

Sin embargo, el clero prefería á ese auditorio algo restringido el vasto recinto de sus iglesias. A pesar de la desaparición del padre Lacordaire, monseñor Sibour había tenido empeño en mantener la obra de las *Conferencias de Nuestra Señora*. Pero el padre Ravignán, debilitado ya por sus dolencias, había agotado sus últimas fuerzas en aquella predicación; en 1853 le reemplazó otro jesuita, el padre Félix, que había de retener durante años la atención pública, no por los dones exteriores que la naturaleza le había negado, sino únicamente por la claridad de su doctrina y la austera convicción de su fe.

Donde la sociedad cristiana, eclesiástica ó laica, revelaba toda su fecundidad, era en las fundaciones benéficas. Confidente de los generosos sacrificios que se

(2) M. Foisset, *Vie du P. Lacordaire*, tomo II, pág. 296.

realizaban entonces, monseñor Sibour solía decir: «En ninguna parte se da más ni mejor que en París.» La sociedad de San Vicente de Paúl, fundada en 1833 por Ozanam y sus amigos, adquirió entonces, á pesar de algunos recelos oficiales, su completo desarrollo: no sólo multiplicó sus afiliaciones, sino que extendió por todas partes el círculo de sus obras; á la visita de los pobres se añadieron los patronatos de escolares y aprendices, los vestuarios, las bibliotecas, las cocinas económicas, las escuelas nocturnas, las cajas de ahorro para alquileres. Otras creaciones numerosas atestiguan una solicitud particular para todos los infortunios. En 1853 establecióse una obra, bajo los auspicios de monseñor Sibour, para niños incurables. Cinco años después los Hermanos de San Juan de Dios abrieron en la calle Lecourbe otra casa destinada á la infancia enferma. Multiplicáronse las casas de caridad, las casas-cunas y las salas de asilo. Para la educación profesional de muchachas, las fundaciones fueron tan numerosas que se perdió la cuenta. En 1853, una pobre mujer, de humildes recursos y de gran corazón, instituyó con el nombre de Hermanas de San Pablo una comunidad destinada á recoger y cuidar ciegos. Abrióse, en fin, numerosos refugios para ancianos: en 1842, de la piadosa inspiración de una sirvienta ayudada por dos muchachas, había nacido en San Servando la orden de las *Hermanitas de los pobres*; durante el Imperio, las Hermanitas, instaladas en la calle de San Jaime desde 1851, desarrollaron en París su Instituto: se establecieron en 1851 en la calle del Regard; en 1853, en la calle de Picpus; en 1854, en la calle de Nuestra Señora de los Campos. Por muchas necesidades que tuviesen todas esas obras, los recursos faltaron raramente: «Dad mucho, decía un día el padre Gratty, abrid vuestros corazones á la compasión, á la misericordia, al amor. Amaos, dad osadamente, locamente.» Este lenguaje encontraba en París oídos dignos de escucharlo y almas dignas de practicarlo.

Aquellos hombres que así daban «osadamente, locamente,» que daban su dinero, su tiempo, su corazón, habían acabado por ser conocidos, de tal manera multiplicaban sus excursiones caritativas, y á menudo se asombraban de que en todas partes les designasen por su nombre. Con frecuencia se les veía, por la mañana muy temprano, cruzar rápidamente el Luxemburgo, seguir por las calles de San Jaime y de Enfer, por el Observatorio y por la calle Montparnasse, por todos aquellos barrios que son el asilo habitual de la miseria y el dominio privilegiado de la caridad. Varios de aquellos celosos servidores del sufrimiento se hallaban rodeados de particulares bendiciones: tal era el ilustre Ozanam; la última vez que se le vió á la cabecera de los enfermos era á fines de 1852; estaba muy mal de salud y llevaba en el rostro las señales del agotamiento de fuerzas; después ya no se le volvió á ver, y con él desapareció una de las almas más admirables de este siglo. Otros estaban destinados á una carrera más larga y casi tan santa: el venerable Sr. de Melún, que de la caridad había hecho una profesión, y la más ocupada de todas; Adolfo Baudón, presidente general de las sociedades de San Vicente de Paúl; Cornudet, consejero de Estado, funcionario íntegro, independiente en presencia del señor, humilde en presencia de los pobres; Co-

chin, «el más parisiense de los católicos y el más católico de los parisienses.» Por aquellos mismos barrios de la margen izquierda del Sena se vió pasar más tarde un cura todavía joven y ya ciego, pero siempre en busca de alguna miseria que aliviar, de alguna alma que salvar; le conocía todo el mundo; á su aspecto, algunos se apartaban; en cambio muchos se acercaban á él para pedirle un consejo ó solicitar un beneficio: ese cura lo hemos encontrado ya en Roma, en medio de las grandezas mundanas que no hizo más que atravesar: era monseñor de Segur.

Aquella caridad ingeniosa tenía sus inspiradoras, tenía sobre todo dos, de origen muy diferente, pero que merecen ser puestas en parangón.

La una era madama Swetchine, rusa de alta distinción, domiciliada en París desde joven, cismática de nacimiento y convertida, después de largas dudas, al catolicismo romano. En su casa se reunían casi todos los días la mayor parte de los hombres de bien cuyo recuerdo acabamos de evocar. Allí se elaboraban, en medio del ruido de las conversaciones corrientes, todos los piadosos proyectos que habían de servir á la Iglesia, socorrer á los pobres y reconquistar para Dios las almas indecisas ó descarriadas. Aquella mezcla de mundanidad y de devoción hubiera podido prestarse á la crítica. El arte de madama Swetchine consistió en evitar toda extravagancia y en impedir que su salón se transformase jamás en oratorio ó en oficina de ingenio. Escrupulosa hasta la austeridad para sí, practicaba con los demás é inspiraba en derredor suyo la tolerancia. La verdad que ella había buscado obstinadamente con su inteligencia, la expresaba suavemente con su corazón. No predicaba nunca sino con el ejemplo, pero sabía despertar muy bien las sanas inspiraciones. Debía á su naturaleza algo mística y también á su origen griego cierta sutileza que á veces llegaba hasta el refinamiento. Pero en los momentos graves, cuando de sus consejos podía depender alguna importante cuestión pública ó privada, su lenguaje se despojaba de todo aquel refinamiento, para ser sensato y agudo, firme y tierno á la vez. Los personajes á quienes aconsejaba eran los más ilustres de su tiempo: Montalembert, Falloux, el padre Lacordaire y otros. Ningún hombre resistía á su dirección, que parecía casi infalible, y aseguran que para las mujeres fué una verdadera Hermana de caridad; y ejercía su dominio moral con esa natural sencillez que es el fruto de la verdadera modestia. En la época á que nos referimos, madame Swetchine se acercaba lentamente á la vejez, no sin crueles sufrimientos, pero con la serenidad tranquila que da la certeza de las cosas futuras. Sus dolencias no le inspiraban más que un solo temor, el de que sirviesen de obstáculo á sus activas costumbres benéficas. «No pidáis á Dios, decía á sus amigos, ni un día más, ni un sufrimiento menos.» En sus horas de ocio, de soledad, de insomnio, le gustaba recoger al azar sus pensamientos y apuntarlos al lápiz, lo que, según su propia expresión, era como hablar bajo. Así dejaba, sin querer, las huellas permanentes de la rara distinción de su espíritu, pues aquellas hojas sueltas, reunidas luego por un amigo fiel, habían de valerle una fama póstuma que ella sin duda no ambicionó jamás.

La otra inspiradora de la caridad parisiense en aquella época habitaba una modesta casa de la calle de l'Épée-